

Bernardo Calderón, en la calle de San Agustín, el mismo año en que se predicó. El orador recibió la bendición del Deán y mientras predicaba, los cuatro prestes con sus ministros y acólitos, estuvieron en la crujía oyendo el sermón. Largo fué éste y larga la función, que concluyó á las tres de la tarde.

Los nueve días siguientes se repitieron las fiestas, todas lucidísimas; las hicieron las religiones, mas no se les concedió el altar porque es privilegio del cabildo usarle él solo; se les dejó el púlpito y el coro; en éste se mezclaban los prelados con los capitulares y así salían al antecoro á oír el sermón. El día de San Felipe de Jesús, que fué el tercero del octavario, se celebró su fiesta en la misma catedral, con procesión antes de la misa por el interior de la iglesia; todos los días asistieron el Virrey, Audiencia, Tribunales y Ciudad por la mañana, las funciones terminaban cerca de la una; el último día asistieron también por la tarde; este día, antes del depósito, se hizo una lucida procesión por dentro del templo, y se pusieron dos ricos altares, el uno en la puerta de la capilla de la Concepción, costado por los plateros y el otro enfrente, que puso la archicofradía del Santísimo Sacramento.

No obstante que éste fué el último día de las fiestas de oficio, podemos tenerle por penúltimo de las que se hicieron en celebridad del estreno de la catedral, porque la virreina se reservó para hacer una fiesta al Señor Sacramentado el domingo siguiente, 13 de Febrero, con misa, sermón, que predicó su médico, el Dr. Diego de Arraya, Cura del Sagrario,<sup>1</sup> y procesión por la iglesia, para la cual se dejaron puestos los altares de los plateros y de los cofrades.

La cera que se gastó en cada una de las funciones de esos días pasó de seis arrobas, toda costada por la archicofradía del Santísimo, aunque es verdad que el Virrey le ayudó á ese gasto con \$2,000. No fué esta cantidad la única con que el Duque contribuyó al fomento de la fábrica y al decoro de la iglesia: desde que se puso la cruz en la torre mandó colgar un farol de vidrios en cada uno de sus brazos, y todas las noches se encendían en ellos dos velas de sebo de á medio, pagadas por él; porque el trabajo no se entorpeciera cuando demoraban en entregar las cantidades destinadas á él, hacía frecuentes suplementos, de que era reembolsado, y hacía otros gastos, de los cuales no lo era: expendió suyos \$8,000 en cuatro arbotantes de las bóvedas y en el blanqueo de toda la iglesia, que se hizo á su costa; dió, además, amplias estrenas á los maestros y sobrestantes de la obra y empleó \$5,000 en dos presentes con que obsequió á D. Fer-

<sup>1</sup> Lo fué desde Julio de 1654 hasta su muerte, en Mayo 17 de 1659.—(V. de P. A.)

nando Altamirano, y reales que le dió, en agradecimiento de lo mucho que le había ayudado en el trabajo; de suerte que el Duque de Alburquerque gastó en nuestra catedral, en partidas redondas, sin contar las dádivas diarias á los operarios, \$16,800, pues nos faltaba decir que de su peculio pagó \$1,400 por dos proyectos de altar mayor, que mandó hacer de madera, el uno á Pedro Ramírez, escultor, y el otro á Miguel de Ena, cuya profesión ó arte se ignora. Ambos proyectos fueron enviados al Cabildo el 24 de Noviembre de 55 para que eligiera el que había de hacerse, llegada la ocasión.

El Duque de Alburquerque, que tenía gran predilección por la catedral, quiso que en ella se celebrara ese año el certamen poético y comedia, con que el claustro y los estudiantes de la Universidad solemnizaban la fiesta que anualmente hacían á la Inmaculada Concepción de María Santísima, su patrona y abogada. El certamen fué el domingo infraoctava de esta dedicación: para él se cubrió al Santísimo á las dos de la tarde, y después de vísperas se leyeron las composiciones que debían leerse y se distribuyeron los premios ante el Cabildo y numerosa concurrencia. El martes siguiente, en la misma infraoctava, como se había hecho el domingo anterior, se cubrió al Señor á la misma hora, y en la tarde se representó la comedia ante concurso más numeroso que el que asistió al certamen.

Es ley de naturaleza que al bien sigue el mal y al placer la pena: no habían transcurrido dos meses de esta fiesta cuando, en 20 de Marzo, murió el Dr. D. Pedro Mejía de León, Canónigo Penitenciario de esta iglesia, y fué el primer prebendado que se sepultó en las fosas del presbiterio preparadas para ellos en la catedral nueva; y aunque la muerte sea acontecimiento diario, circunstancias hay que aumentan el instintivo horror que siempre inspira: en el caso presente concurrieron la proximidad de la dedicación del templo y el estreno de las sepulturas, húmedas todavía.

No quedó ocioso el Virrey después de la solemnidad ni aún se entibió su celo: la nave procesional del lado de Oriente pudo haberse continuado, porque las cinco capillas correspondientes estaban concluidas; no así las cuatro del lado opuesto, y se hizo indispensable comenzar por ellas; á esto se dedicó el Duque en lo restante de su gobierno y logró ver el término de seis bóvedas, que fueron las cuatro dichas de las capillas y dos procesionales, una de cada lado, las más próximas al crucero. En el exterior del templo, si no puso piedra, hizo cosa mejor por entonces y que reclamaba con urgencia la hermosura del edificio, y fué procurarle puntos de vista desde los cuales pudieran contemplarse la belleza de sus líneas y la exactitud de sus proporciones. Lo consiguió derribando unas casas y tiendas que en esa época había en los alrededores de la iglesia, no muy lejos

de sus muros, por los vientos Oriente, Sur y Poniente, que la tenían como encerrada. De estos edificios algunos pertenecían á la misma iglesia y otros á la Ciudad; su demolición comenzó el lunes 6 de Octubre de 1659 por los del lado del Empedradillo, los cuales en la semana quedaron arrasados, siguiéndose después los del lado del Seminario, que en ese tiempo no existía, y por último, los del frente, dejando aislada, en medio de tres placetas, la suntuosa catedral. Ejecutaron esta operación los soldados del presidio de la ciudad por mandato del Virrey.

Largo fué el tiempo que gobernó el Duque de Alburquerque, pero tuvo fin; en el estado dicho dejó la catedral el año 1660 á su sucesor, el Conde de Baños, quien encontrándola en tan buen camino nada mudó, ni el mayordomo, que siguió siendo D. Fernando Altamirano. En el gobierno de este Virrey se hicieron seis bóvedas: cuatro procesionales, dos por cada lado, y dos de la nave central, que son la próxima al crucero y la primera de sobre el coro, moviendo todos los arcos de ellas sobre las impostas, y sobre éstas los macizos en que están formadas las ventanas; se empezó, además, el cimborrio, arrancándole desde las pechinas. Pocos días antes de su salida contó entre sus postreros gustos el de ver poner la piedra final en el anillo del cimborrio el día 10 del mes de Junio de 1664 á las once de la mañana. Subió el Virrey á las bóvedas acompañado de no pocas personas, y antes de poner la piedra, en un hueco preparado para el caso, colocó el Dr. D. Nicolás del Puerto, juez provisor y vicario general del Arzobispado de México y comisario de cruzada, una cajita con reliquias, bendecida por él. Este acto fué acompañado de rogativas y seguido de repique á vuelo.

Al Conde de Baños sucedió, con el carácter de Gobernador, D. Diego de Escobar y Llamas, Obispo de la Puebla, y en su cortísimo gobierno, aunque nada podamos señalar como especialmente hecho, tampoco resintió ningún atraso la obra, porque de ordinario acontece que las cosas bien ordenadas siguen su primer impulso, sobre todo si hay manos secundarias que, al menos, las conserven, y hubo en la catedral hasta esas fechas las de D. Fernando Altamirano; así fué que el trabajo de ella continuó su curso regular y vino á recoger los frutos de él el Marqués de Mancera.

Entró este señor en México en Octubre de 1664, cuando faltaban por cerrar tres bóvedas mayores, cuatro procesionales y acabar de levantar el muro delantero de la iglesia, sobre el cual todas habían de concluir. Esto y la esperanza que todos abrigaban ya de ver terminada tan prolongada obra, animaron al Virrey á proseguirla con empeño, no obstante que experimentó el contratiempo de haber muerto el cuatro de Noviembre del mismo año D. Fernando Altamirano,

quien por haber desempeñado la mayordomía de la fábrica por espacio de trece años, era el resorte que mejor la impulsaba. Subsanó esta falta el Virrey nombrando para reemplazarle á D. Jerónimo Pardo de Lagos, contador mayor del tribunal de cuentas y yerno del difunto. No fué el nuevo mayordomo menos eficaz que lo había sido el anterior, y las esperanzas del Virrey comenzaron á verse cumplidas: la linterna del cimborrio, que se comenzó casi al dejar el gobierno el Conde de Baños, se concluyó al mediar el año 1666; concluida, se descubrió y se estrenó el cimborrio el 24 de Junio, día de San Juan Bautista, que ese año fué también día de Corpus.

Como la Reina Gobernadora hizo especial recomendación á D. Sebastián de Toledo para que impulsara el trabajo de la metropolitana cuanto fuera dable, luego que este señor vió la posibilidad de terminarla, en cartas de 11 y 17 de Abril de 1667 le escribió, diciéndole que juzgaba que en el año quedaría concluido todo el interior del templo; y así sucedió, que el muro de la fachada y las siete bóvedas restantes estuvieron terminadas para el mes de Noviembre de ese año, y reforzada la esquina Sudoeste del edificio, que algo se había resentido de debilidad, y se la necesitaba bien sólida, como que en ella carga la torre izquierda.

Noventa y cuatro años transcurrieron desde que principió la obra hasta su conclusión sólo en el interior del templo, pues en lo exterior se prolongó todavía muchos más para alcanzar su complemento; es verdad que estuvo suspensa seis, á consecuencia de la grande inundación que padeció la ciudad; pero aún quitados éstos, quedan ochenta y ocho de trabajo continuo, que pudieron haberse reducido á la mitad y á menos, si todos los virreyes que gobernaron en tanto que se hacía, hubieran puesto en proseguirla diligencia igual á la que puso el Duque de Alburquerque; mas no fué así, y aunque hemos tachado de exagerada la frase escrita por D. Felipe IV á este Virrey, preciso es confesar que no carecía de verdad en el fondo.

El costo de lo hecho hasta el fin de ese mes llegó á \$1.752,000, salidos de la asignación anual de \$18,500 y 13,000 que suplió la real hacienda; á los cuales, si agregamos, como es de justicia, los 16,800 que en partidas ajustadas expendió en ella el de Alburquerque, resulta un gasto efectivo de \$1.768,800, con más el trabajo de los indios de repartimiento en los años que trabajaron.

Enteramente concluido el interior del templo, dispuso el Virrey Mancera otra nueva dedicación, señalando para hacerla el día 22 de Diciembre del dicho año 1667, por ser ese día el del natalicio de la Reina regente Doña María Ana de Austria. Comunicó su resolución al Deán y Cabildo, en sede vacante, para que en la parte que le correspondía se preparara para la solemnidad; otro tanto hizo con

las religiones, hermandades, cofradías y otras corporaciones para que asistieran, señalando á algunas de ellas el sitio en donde habían de poner un altar, que sirviera de adorno á la calle y de descanso á la procesión; en suma, dispuso una fiesta semejante á la de la anterior dedicación, con algo menos de aparato y suntuosidad. Para la puntual ejecución de todo lo dispuesto comisionó al Lic. D. Francisco Calderón y Romero, Oidor más antiguo de esta Audiencia, facultándole, al mismo tiempo, para que dictase las providencias necesarias en los casos ocurrientes.

El Cabildo adornó la iglesia lo mejor que pudo, sacando lo más rico de sus alhajas. En la tarde del día 21 se cantaron solemnemente las vísperas y en la noche los maitines; al siguiente día, á las 9 de la mañana, concurrieron al Palacio la Audiencia, los Tribunales y la Ciudad para acompañar al Virrey, tanto porque era fiesta de tabla por los días de la Reina, como porque habían sido expresamente convidados para la dedicación de la catedral. Siguiendo el ceremonial de costumbre, fueron estos señores á la iglesia; en la puerta los recibió una comisión del Cabildo, presidida por el Deán. La virreina se había anticipado y ocupaba ya su tribuna cuando llegó la comitiva oficial. Una sola misa hubo en esta dedicación y la cantó el Deán Dr. D. Juan de Poblete, en el ara del frente del altar mayor; administraron el Dr. D. Juan de la Porta Cortés, de diácono, y el Lic. Don Luis Francisco Moreno, de subdiácono; predicó el Dr. D. Isidro Sarrñana, cura propio de la parroquia de la Santa Veracruz, tenido por uno de los mejores oradores de su tiempo. Su sermón corre impreso en cuaderno de 25 fojas, en cuarto menor, sin nombre de impresor ni de imprenta. La procesión fué en la tarde del mismo día, su carrera más corta que la de la dedicación antecedente y su rumbo también distinto: ésta salió por la puerta del lado del Poniente, dirigiéndose hacia el Empedradillo, allí torció para el Sur y llegando á la esquina de la calle de los Plateros tomó vuelta por el Palacio hasta cerca de su muro, de allí siguió rumbo al Norte por la calle del Seminario hasta confrontar con la puerta de ese lado de la catedral, por la cual entró. En este tránsito se colocaron once altares encargados á once corporaciones, distribuidos de esta manera: á la Congregación de San Felipe Neri y á la Unión, reunidas, se les designó para que pusieran su altar, un lugar en el cementerio de la iglesia, á la derecha, saliendo de ella por la puerta del costado del Poniente; enfrente de éste, en el mismo cementerio, puso el suyo la Congregación de San Francisco Javier; en el Empedradillo, á la mano derecha del tránsito de la procesión, dando frente á la plaza, colocaron el que les tocó los religiosos Dominicos; á la religión Franciscana se señaló la esquina de la calle de los Plateros y pusieron el altar con la vista

principal hacia el Empedradillo, en posición contraria al de los Dominicos; entre ambos, á la mitad del Empedradillo, pusieron el que se les pidió á los religiosos de San Juan de Dios; el punto que media entre la esquina de los Plateros y el Palacio fué el designado á los Agustinos, y en él levantaron un magnífico altar; el de los Carmelitas se puso arrimado al muro del Palacio, en la línea de las calles de San Francisco; y entre éste y el de los Agustinos colocaron el suyo los Hipolitanos; tocó al orden militar de Nuestra Señora de la Merced poner el que debían en la bocacalle del Arzobispado, cosa en verdad desventajosa para ellos, pues en tanto que todas las otras corporaciones dispusieron de quince días para sus preparativos, los mercedarios no podían comenzarlos por no interrumpir el uso de la calle. Un artificio imaginaron, con el cual se igualaron á los demás: fué que así como todos pusieron su altar, para que luciera, sobre un tablado de altura diferente descansando sobre el suelo, ellos apoyaron el suyo sobre un carro, que el día 21 por la noche, víspera de la fiesta, trasladaron á su sitio, con pasmo de cuantos le vieron traer, acompañándole la comunidad en forma de procesión con hachas encendidas; y no era el altar pequeño ni pobre, sino ricamente adornado y de grandes dimensiones: el carro, cubierto por todos lados holgadamente, para que pudiera moverse, servía de zócalo; sobre él se formó un pavimento de siete varas en cuadro y una y media de alto, cubierto con una alfombra morisca. De este pavimento, dejando por la delantera y lados tres varas de plano, nacían tres gradas de media vara de huella y una cuarta de alto, en que estaban compartidos perfumadores y jarras de plata con ramilletes de seda, imitando muy bien las flores naturales. Estas tres gradas subían al segundo pavimento presbiterial del altar, el cual se vistió por el frente con un frontal de plata de martillo, y por los costados de brocado. En los ángulos y centros laterales de este segundo plano se levantaron doce columnas vestidas de carmesí y fajas de oro, que cerrando en arquiteabes, frisos y cornisas del mismo carmesí con divisiones de oro, representaban la arquitectura de un templo. En la mesa del altar, sobre tres gradas de ébano bruñidas y resplandecientes se elevaba una nube, entre cuyos crespos vellones se distinguían al fulgor de mil luces grupos de serafines bordados sobre rasó, y encima una hermosísima imagen de la Asunción de Nuestra Señora. El espaldar, que á todo el ancho del pavimento subía como ocho varas, se adornó con una rica colgadura de damasco azul y oro orlada de plumeros, y entre los dos más hermosos hacía remate una tarja con este mote: *Cursus fulgentis Aurorae*, y la siguiente redondilla: *Este carro que atesora || Tanta gloria y bizarría || Es el carro de María || Y es el carro de la Aurora.*

Al lado derecho del altar, sobre dos almohadas de terciopelo carmesí con borlas de oro, se puso un escudo de las armas reales de Castilla y León recamadas de oro, y á su correspondencia en el lado izquierdo otro de las de la Merced y Aragón. Sobre las dos ruedas del carro en la primera grada del pavimento se leía: *Va en dos ruedas de fortuna || La máquina prodigiosa || Que esta Religión dichosa || No se contenta con una.* En el ángulo derecho del primer plano estaba San Pedro Nolasco vestido de raso blanco bordado de oro con su estandarte en una mano y en la otra un navío de plata curiosísimo. En el izquierdo, con la misma gala, San Ramón Nonnato. El medio ocupaba en pie, con un sitial y almohada delante, un retrato de talla del Rey D. Carlos II, que mirando á la imagen de Nuestra Señora, y teniendo en la mano derecha dos llaves doradas, estaba como ofreciendo á María Santísima el nuevo templo que se le dedicaba, explicando la alegoría la décima siguiente: *Reina que en suprema esfera || Gozáis inefable gloria || Aceptad esta memoria || Que ofrece por mí Mancera. || Daros el mundo quisiera || En memoria de mi padre; || Y porque el obsequio os cuadre, || Siendo á los hijos ejemplo || Hoy os cuelgo con un templo || Por los años de mi madre.*

Finalmente, la Compañía de Jesús ocupó el lugar que media entre la calle del Seminario y la puerta del costado de la Catedral, que mira al Oriente. El adorno exterior de esta puerta se encargó á los señores curas de la ciudad, y el de la puerta por donde la procesión salió corrió á cargo de la ilustre Congregación de San Pedro. En esta vez, como en la anterior, las corporaciones, con noble emulación, rivalizaron entre sí, poniendo altares que compitieron en riqueza y galanura. Otro tanto sucedió con el adorno de las dos portadas: los curas y la Congregación de San Pedro, de tal suerte se esmeraron, que era difícil decir cuál adorno era el mejor.

En la tarde, desde buena hora, se cerraron las bocacalles que desembocan en la plaza, para impedir el tránsito de coches, y se hicieron por ambos lados vallas. Salió la procesión á las cuatro, yendo por delante todas las cofradías de la ciudad con sus estandartes, que acompañaba gran número de cofrades con luces; seguían las comunidades de las religiones con cruces, ministros y prestes con riquísimos ornamentos; después la cruz de la catedral acompañada del subdiácono, y bajo ella numeroso clero; seguíale el Cabildo, acompañando á la Santísima Virgen, en su imagen de oro, de la Asunción; inmediato á la imagen iba de preste el Deán, asistido del Diácono, y después el Cabildo Secular; á continuación los Jueces, Oficiales reales, el Tribunal Mayor de Cuentas y, en último lugar, presidiendo á todos, el Virrey.

Los prebendados sacaron en hombros la imagen desde el altar has-

ta la puerta de la iglesia; allí la entregó el Cabildo á la religión de Santo Domingo, que la llevó hasta su altar; y desde éste á los suyos las demás religiones, por sus antigüedades, recibíendola en el de la Compañía de Jesús la religión de San Juan de Dios, más moderna que las otras, la cual la llevó hasta las gradas del atrio, y desde allí hasta la puerta oriental, la hermandad de San Hipólito, de quien la recibió el Cabildo Metropolitano para volverla al altar. Mientras anduvo la procesión se oyeron diversas loas y se vieron variadas danzas, algunas de los naturales descubiertos los rostros, cosa que entonces no acostumbraban. Colocada en el altar la imagen de Nuestra Señora, se cantó solemnísimamente la Salve, con lo que concluyó la función.

Víspera y día de la fiesta, en la noche, hubo lucida iluminación en la torre de la catedral, en toda la plaza y aún en toda la ciudad. El día 21 en la noche se quemaron fuegos artificiales en varias calles; mas no se permitieron en la plaza, por precaver un incendio en cualquiera de los altares ó algún daño en el inmenso concurso que acudió á ella. Sin embargo, en la torre de la iglesia, que por su altura pareció no dar lugar á esos peligros, se formó un castillo de fuego, terminado en un lucido penacho de cohetes de lágrimas y de traque.

Si el Duque de Albuquerque siguió trabajando en lo que faltaba que hacer en la catedral después de haberla dedicado, el Marqués de Mancera tampoco se entregó al descanso después que la dedicó segunda vez, y así en el interior, como en el exterior, continuó haciendo los complementos indispensables para el servicio y decoro del templo.

Cuando murió D. Fernando Altamirano dejó comenzadas á labrar las columnas de jaspe que habían de servir para la construcción del altar mayor. Fueron adelantándose por su sucesor estos preparativos y concluídos ordenó el Virrey, pasada la fiesta de la dedicación, que comenzara á hacerse el altar, cuyo estreno fué el día 15 de Agosto del año 1673, es decir, dos meses y medio antes de que dejara el gobierno este señor. Celebróse tal acontecimiento como era debido: el Santísimo Sacramento, que estuvo provisionalmente en la capilla de la Antigua, fué trasladado ese día por el señor Arzobispo, en procesión solemne, á su nuevo sagrario, y celebró la misa de pontifical; predicó el P. Fr. Miguel de Aguilera, religioso franciscano. Inútil es decir que asistieron el Virrey y la Corte, tanto porque era día de tabla como por la dedicación del altar.

Fuera del templo comenzó á labrar el mismo Virrey la fachada principal, dejándonos en ella un recuerdo imperecedero suyo: dedicóle mucha parte de su atención, y no obstante ser complicada y de trabajo minucioso y lento, logró verla, si no concluída, al menos

tan adelantada que un año antes de que él dejara el virreinato, pudo grabarse arriba de la puerta principal, en hueco sobre piedra, una inscripción latina, avivada con tinta negra, la cual, traducida al castellano, dice: "A Dios Optimo y Máximo y á la Santísima Virgen madre María elevada á los cielos, Carlos II, Rey de las Españas y la Reina madre Doña María Ana, su tutora y gobernadora de sus reinos, y en su real nombre D. Antonio Sebastián de Toledo, Marqués de Mancera, Virrey de la Nueva España, dedican el año 1672, para testimonio de reverencia y gratitud este monumento de la fe y de la religión católica fundado en este Nuevo Mundo por Carlos I, invicto Emperador V, y construído á expensas de sus tres piadosos sucesores los reyes Felipes, concediéndolo Dios Optimo." A renglón seguido de la inscripción puso, igualmente en latín, estas palabras del salmo 147: "No hizo cosa igual á otra nación."

Esta fachada, menos el cuarto del reloj, que se hizo mucho después, vino á concluirse, si no nos equivocamos, en fines de Febrero del año 1675, y el día primero de Marzo fué á verla terminada el Arzobispo Virrey D. Fray Payo de Rivera Enríquez, que gobernaba entonces.

Escudriñando los secretos del corazón humano llega el entendimiento á convencernos de que el más eficaz impulso para obrar le recibe el hombre de la suprema ley de la necesidad, y de esta premisa nos inclinamos á deducir, como consecuencia lógica, que no faltó razón al Marqués de Cerralvo para haber destruído la catedral antigua antes que la nueva ofreciera las comodidades necesarias. El, que vió las cosas de cerca, como no las vemos nosotros transcurridos dos siglos y medio, se convenció quizá de que la flojedad en el obrar dependía de que el cabildo y los virreyes, encontrándose bien en la primera iglesia, no querían fatigarse activando la siempre molesta construcción de un edificio que era, en su concepto, de mero ornato para la ciudad, teniendo en el otro satisfechas las necesidades del culto.

A estas consideraciones nos condujo el ver que á la conclusión de la catedral en su interior siguió un larguísimo período de inexplicable languidez en la continuación de su fábrica, no obstante que con proximidad á la segunda dedicación se reunió en el Arzobispo, Don Fray Payo, el gobierno civil, circunstancia favorabilísima para haber proseguido la obra con empeño y sin tropiezo. Sin embargo, en los siete años que este señor gobernó, apenas podemos contar terminada la fachada principal, que dejó muy adelantada el Marqués de Mancera; vueltas á fundir algunas de las campanas de la torre, que se habían rajado; hecha una sala para contaduría; cambiado el púlpito de madera por el de teçali, que se estrenó el domingo 15 de Agosto de

1683; el osario nuevo, estrenado el lunes 20 de Marzo del año siguiente; y acaso alguna otra cosa que ignoramos; pero ninguna de importancia para el complemento del edificio. En su calidad de Arzobispo, consagró el sábado 27 de Junio de 1671, 11 de las 21 campanas que había en la torre y que no estaban consagradas.

Después del Marqués de Mancera y antes que Fray Payo, ocupó el virreinato el Duque de Veraguas, con tan escasa suerte, que duró en él cinco días; ¿qué habría podido hacer en el breve tiempo de 120 horas el hombre más diligente? Nada en verdad, y hemos hecho memoria de él, únicamente porque fué el primer Virrey sepultado en la catedral, aunque no descansa en ella: tres años escasos se conservó su cuerpo en la capilla del Santo Cristo, de donde fué exhumado hacia fines del mes de Junio de 1676 y enviado á España en la flota que salió el día 2 del siguiente Julio.

Sucedió en el gobierno civil á D. Fray Payo, el Marqués de la Laguna, persona que si tuvo voluntad para que adelantara la fábrica de la iglesia, no supo ponerla en ejercicio. Más teórico que práctico, juzgó que aumentando inútiles empleados habría en ella mayor arreglo, y nombró un contador y un escribano, con \$150 anuales de renta cada uno de ellos; y aunque puso en ejecución una real orden recibida por su antecesor el día 23 de Septiembre de 1680, mandando á un prebendado que fuese mayordomo de la fábrica, nombrando para este cargo, el día 3 de Marzo del año siguiente, al Lic. D. José de Rivera Vasconcelos, apartándose del espíritu de ella, le asignó \$800 de salario anual; y lo único que en lo material promovió fué que se hiciera la portada de la entrada del costado oriental del templo, como en efecto se comenzó en su tiempo, é igualmente la trassacristía, que dejó muy adelantada.

Por muerte del Lic. Vasconcelos, cometió el Marqués de la Laguna, en 20 de Agosto de 1684, la mayordomía y superintendencia de la fábrica de la catedral á una misma persona, que fué el Canónigo doctor D. Manuel de Escalante y Mendoza; desde entonces el Lic. Don Diego de Malpartida Centeno, Deán de la misma iglesia, quiso mezclarse en las cosas de la fábrica, mortificando á ambas comisiones, deteniéndole por una parte la consideración de que aquella, para él inmerecida honra, la había recibido de mano del Rey y no debía declinarla; y por otra, que la superintendencia ejercida en representación del Rey, le daba una jurisdicción que él debía mantener incólume, como se conservó mientras los superintendentes fueron seculares, y el ser ahora eclesiástico y Canónigo el Superintendente y Mayordomo, era tal vez la única razón por la cual él Deán veía con malos ojos el nombramiento y á la persona nombrada, pretendiendo ingerirse en sus atribuciones y aún representando en contra de él al Vi-